

PIERRE-OLIVIER BANNWARTH

**CUENTOS
DE LA COLMENA**

La hermandad de las abejas

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2018

Traducción de Mercedes Huarte Luxán y Fernando García-Baró Huarte
del original francés *La confrérie des abeilles. Les contes de la ruche*

© Éditions Albin Michel, 2018

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2018

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2000-0

Depósito legal: S. 200-2018

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

PRESENTACIÓN

HENRI GOUGAUD

Somos las abejas del universo.
Libamos como locos la miel de lo visible
para almacenarla en la gran colmena de oro
de lo Invisible (Rainer Maria Rilke).

Los cuentos son seres vivos, seres pequeños como pájaros imperceptibles. Los espíritus (¿los ángeles?) son sus pastores y los bosques sus pastos. Se alimentan de la fuerza de los árboles y aguardan allí a que los seres humanos tengan necesidad de ellos.

Cuando los humanos se dejan llevar por su natural gravedad, cuando pierden el sentido de la vida y experimentan miedos irracionales, los espíritus se dan cuenta y llaman al viento. A veces creemos que el viento lucha contra los árboles, pero no es cierto; el viento persigue historias y sacude las hojas para que caigan en su saco; las lleva a los pueblos y las mete por las rendijas de las puertas o por los postigos mal cerrados, y de ese modo entran las historias en las casas. Todo el mundo sabe que cuando el viento sopla con fuerza fuera, los cuentos acuden a los labios y los oídos se afinan. El encargado de contarlos piensa que los inventa, o que los recuerda, pero no es así. La historia, sencillamente, se ha posado en su hombro; ella es quien habla y, cuando termina, se marcha y deja su huella en él, igual que antes la había dejado en todos los demás que se cruzaron en su camino. Entonces se va volando en busca de otras gentes o regresa al bosque y espera a que la vuelvan a necesitar.

Eso aseguran los guardianes del tiempo en las altas llanuras andinas. Afirman también que de los cuentos, en los que se esconden los infinitos saberes del corazón, tienen necesidad los hombres para sobrevivir y crecer. ¿Por qué? Porque en la balanza de los actos son los únicos contrapesos de los tormentos que nos infligimos, de las maldades, las angustias y los instintos asesinos. Por eso los espíritus cuidan tanto a los «pájaros invisibles del conocimiento», porque sin ellos la balanza se inclinaría sin remedio del lado de las tinieblas. Por eso también, dicen los sabios analfabetos del Altiplano, es inútil que nos agotemos temiendo el futuro y maldiciendo las guerras, las pestes y las mil locuras del mundo. La única manera eficaz de luchar contra las desgracias acumuladas es sentarse convencidos en el platillo bueno de la balanza y contar esas cosas sin importancia que dan forma a la esperanza del mundo.

El narrador de cuentos es, desde luego, alguien normal, que puede, como todos, atravesar días de desesperación, pero no se concede el derecho de añadir otro granito de angustia a la angustia del mundo. Su función consiste en mantener la esperanza, por si sirve de algo; decirse al menos que nunca se sabe; marchar obstinadamente y, si es preciso, contra toda lógica, a contracorriente de las oleadas de burla y de absurdo, de argumentos y de pruebas irrefutables de que todo es inútil. Se necesita mucha ingenuidad o mucha valentía. Se necesita también la intuición, la convicción irracional de que lo maravilloso y aquello que llamamos lo real tan solo se diferencian por la confianza que les concedemos. Confiamos en la apariencia de las cosas, a la que llamamos lo real, y por eso existe con más solidez y evidencia que lo maravilloso. Si decidiéramos confiar en lo maravilloso, tal vez (¿quién sabe?) lo maravilloso vendría al mundo, como hizo un día la caravana de Maruf el zapatero. Maruf estaba exiliado en una ciudad extranjera, no tenía un céntimo y vivía de lo que le prestaban. «Espero estos

días unos camellos cargados de oro –decía a sus acreedores–. Cuando lleguen os pagaré». Y esperó con tanta solidez y describió tan bien su caravana ficticia que esta acabó por cruzar al otro lado del espejo y llegar hasta él.

Pierre-Olivier Bannwarth es narrador de cuentos. Es de esos que presienten que nuestros sueños son realidades dormidas que esperan ser despertadas; de los que mantienen el tenue fuego de la esperanza; de los jardineros que ayudan a la vida a eclosionar. Realiza sin ruido un trabajo humilde que, más que precioso, es necesario. Por eso nuestro agradecimiento.

PRÓLOGO

El ser humano es una colmena de seres.

(Gaston Bachelard)

Un libro de cuentos se abre y se lee al azar, pues a los cuentos les gusta que juguemos con ellos y nos invitan a avivar y a despertar nuestra intuición, esa inteligencia del corazón en la que se plantean las verdaderas cuestiones.

Los cuentos, viajeros infatigables, liban los sueños de la humanidad y, como la abeja, transmiten y conservan nuestros recuerdos más hermosos. El narrador de cuentos es para ellos una colmena viva en la que encuentran refugio y de la que sacan una miel de suaves perfumes de verdad.

Los cuentos de este libro han sido recolectados en las entrañas de las más antiguas tradiciones, y nos maravilla descubrir hasta qué punto la abeja y su miel beben del mismo imaginario en todos los rincones de la tierra.

Del Egipto de los faraones a las selvas amazónicas, nuestros antepasados reconocieron en la abeja una humilde mensajera de los dioses, una consejera de los profetas, una fiel aliada de nuestros sueños, la garante del equilibrio entre la humanidad y la naturaleza de la que depende.

Las más antiguas tradiciones espiritualidades han visto en la laboriosa abeja un símbolo del alma, la cual recolecta el polen del conocimiento para segregar la miel de la inmortalidad. La abeja representa a veces al iniciado que, mediante su trabajo interior, transforma lo que recibe en oro espiritual. «Pregunta a la abeja salvaje lo que saben los druidas», cantaban los celtas.

Las abejas dejan tras de sí la estela de una mitología inagotable que las vincula con la transmisión oral, con la naturaleza y con los sueños, con el mundo de los espíritus.

Las abejas y los cuentos han tejido una larga historia de amor. En hebreo, *dbora*, término con el que se designa a la abeja, tiene la misma raíz que *dabar*, es decir, «palabra», del que deriva en el Antiguo Testamento el nombre de la profetisa Débora. En otros lugares, la bendición de una abeja al posarse en los labios de un recién nacido anunciaba el don de la elocuencia. Eso le ocurrió, entre otros, a san Pedro, a san Juan Crisóstomo («Boca de oro») y también a Platón, a Plutarco o al soberano etíope Lalibela: «Aquel a quien las abejas reconocieron». Asimismo, en la República Checa «abeja» y «palabra» comparten una curioso parentesco, pues las colmenas se esculpen a veces con forma de cabeza humana, y las abejas entran y salen de sus bocas.

Es cierto que en la naturaleza la abeja encarna a su manera el Verbo divino, de modo que ella es precisamente la que asegura la transmisión del saber. Para la abeja, las vibraciones, la luz, los perfumes y el alimento son portadores de información. La abeja comunica verdades de una flor a otra y hace de puente entre el cielo y la tierra.

La flor que se abre lleva en sí el relato —el rastro— del mundo mineral en el que se enraíza; en la planta se encuentran las riquezas, los humores y las carencias que revelan la salud del suelo. La abeja, en su humildad, liba este patrimonio de informaciones minerales y vegetales y se lo transmite al mundo animal que absorbe su miel. En la colmena se halla encuadrada una cartografía entera de los seres vivos, clasificada en los alveolos de cera. En los pólenes y las resinas que las abejas recolectan se contienen un sinnúmero de informaciones, tantas como en los libros que abarrotan una esplendorosa biblioteca... Montones de impresiones acumuladas con las que sintetizarán su miel.

La abeja zumba y danza, transmitiendo a su colonia, en un lenguaje muy elaborado, mil mensajes, mil enseñanzas que orientarán las acciones y las transmutaciones del enjambre y del entorno con el que se comunica, puesto que las abejas y las flores trabajan de forma conjunta.

En el mundo de la madre naturaleza todo es signo y todo es cuestión de *relación*, y los seres vivos no dejan nunca de comunicarse entre ellos. De ahí la importancia que tiene para la reina, la única guía, mantener los equilibrios naturales dentro y fuera de su arca.

Del propóleos a la jalea real, conocemos ahora todos los beneficios que los productos de la colmena pueden aportar a nuestra salud. De la misma manera, los cuentos están cargados muchas veces de un poderoso poder curativo, puesto que limpian, apaciguan, curan y preparan nuestra mente para acoger, o soportar, los golpes de la existencia. Las historias alimentan y encantan nuestros pobres cerebros contaminados y saturados de informaciones inútiles. Así pues, practicar el cuento, frecuentar los cuentos es, no cabe duda, ser partidario de una ecología del interior.

Y hay tal vez un último punto común entre el zumbador insecto y nuestras historias más lejanas: los cuentos y las abejas nos protegen. ¿De qué? Del desequilibrio, del aburrimiento, del miedo, de la muerte...

Debido a que no puede vivir lejos de su comunidad, la abeja nos recuerda la importancia del vínculo, del mismo modo que, en la genealogía de los seres vivos, el mundo celular nos enseña que lo que mantiene, transforma o altera un organismo es esencialmente cuestión de relación y de intercambio, de amor, en suma; de ese amor impersonal y vivo que alimentan los cuentos cada vez que respiramos en su presencia; de aquello que para un narrador es pan bendito.

En el Cáucaso se cuenta de un buscador de la verdad que recorrió Oriente para hallar una enseñanza desconocida, la fuente de todas las enseñanzas espirituales de la tierra. Por fin, tras numerosas dificultades, encontró aquel conocimiento oculto en las montañas, entre el Tíbet y Afganistán. Lo guardaba en secreto un grupo de iniciados, la cofradía Sarmún, que en persa significa «la cofradía de las abejas», es decir, los que recolectan el néctar de la sabiduría y lo preservan para las generaciones futuras. En aquella comunidad, a imagen de las abejas, las danzas sagradas, los cantos, la música, los cuentos y los mitos heredados de la Antigüedad eran los instrumentos empleados, de forma tan científica como intuitiva, para extraer la miel de la atención y transmitir el saber viviente, de manera que los cuentos despertaban en aquellos seres un sentido de la vida que era imposible de transmitir de otro modo.

Los cuentos reunidos en este libro tienen la vocación de hacer que en nosotros mismos aflore el canto de esta reina interior que dormita en cada uno. Que el zumbido, el perfume y la miel de estas historias puedan por un instante vivificar o al menos suavizar nuestra búsqueda.

LA ROSA VERDADERA

ETIOPÍA

En el momento de subir al trono, el rey Salomón pidió una sola cosa:

—Concédeme, Señor, un corazón que sepa escuchar.

Más allá de los interminables desiertos vivía la reina de Saba, hermosa como la luna, resplandeciente como el sol y temible como los ejércitos. Cuando las caravanas de beduinos le contaron que gobernaba en Jerusalén un rey con una voz tan suave que los pájaros suspendían sus cantos en sus picos, quiso visitarlo. Ella lo amó perdidamente y él ardió de amor por ella. Se dice que fue para la reina de Saba para quien el rey compuso un cantar que todavía hoy siguen susurrando los vientos cálidos del desierto cuando acarician las palmeras y las dunas.

Un día, al despertarse, la reina de Saba propuso a su regio amante un nuevo y refinado juego. Lo invitó a un aposento del palacio que había cubierto de rosas. Un campo de delicados rosales invadía la estancia.

—Estas portentosas flores —dijo ella al dueño de sus noches— son obra de mis artesanos. Todas son falsas y, como puedes ver, están maravillosamente imitadas. Sin embargo, entre ellas hay una que es auténtica. ¿Sabrás encontrar, amor mío, cuál es la rosa verdadera?

Salomón cruzó el umbral de la habitación y cerró los ojos. Tomó una flor escarlata, la acarició, aspiró el perfume de los pétalos y miró en derredor. Se conmovió con ternura ante tan-

tas bellezas abiertas y se avergonzó de emocionarse ante tantas falsas verdades. Al fin, se sentó para meditar.

Un rayo de sol traspasó en enrejado que tamizaba el ventanal.

—Por favor —le pidió Salomón a su amada—, haz que abran esa celosía. El calor de este paraíso no conviene a estas maravillas.

Fue obedecido al instante. Parecía haberse dormido cuando una abeja se deslizó por el hueco de la ventana. Revoloteó aquí y allá por entre las rosas del salón hasta que desapareció de la vista en el corazón púrpura de una flor.

—He aquí —dijo Salomón— la rosa verdadera de tu deseo. El rey la había encontrado.

Sutil es el perfume verdadero como es sutil la abeja, su eterna enamorada. Y en un suspiro, sobre la boca de Salomón la reina depositó la suya, ya que supo, desde entonces, que ese sabio entre los sabios sabría distinguir, en cualquier circunstancia, el amor oculto en el corazón de la locura de los días.

ÍNDICE

<i>Presentación</i> , de Henri Gougaud	7
<i>Prólogo</i>	11
<i>Al principio del mundo</i>	15
La rosa verdadera (Etiopía)	17
El hombre ante su destino (Persia)	19
<i>Detente junto al río de la miel</i>	25
El ladrón de miel (Afganistán)	27
Yaida (Persia)	39
<i>La canción de la abeja</i>	43
La visión del derviche (Persia)	45
<i>El placer compartido</i>	47
El portador de sueños (Japón)	49
Abepa y el collar de plata (China)	59
El tesoro del baobab (Senegal)	63
Cada uno tiene su naturaleza (Senegal)	69
La anécdota (Bélgica)	73
La abeja de los orígenes (Bretaña)	75
Cómo se perdió el paraíso (Francia)	77
Cómo creó Dios las montañas (Balcanes)	81
La gota de miel (Armenia)	83
<i>Fragmento de las «Geórgicas»</i>	87
El sueño del samurái (Japón)	89
La princesa Lili (China)	91
La abeja blanca de Rakián (Isla de Borneo)	99
Los mantras de la miel (Indonesia)	107

El país sin flores (Oceanía)	111
<i>El camino del polen</i>	117
Oso Negro y Oso Gris (América del Norte)	119
Las abejas sanadoras (Honduras)	121
<i>Oda a la abeja</i>	125
El cántaro de la abundancia (Persia)	127
Shahmerán (Kurdistán)	129
<i>Ofrecer la miel al prójimo y beber el veneno</i>	137
El árbol del sultán de Bidpai (Persia)	139
Los perfumes y la realidad (Persia)	145
El oráculo de Musinu (Córcega)	149
El sueño de Pongo el jorobado (Perú)	157
<i>Del «Cantar de los cantares»</i>	161
El padre Anselmo (Francia)	163
El sabor de la miel (India)	165
 <i>Proverbios y refranes</i>	 167